

EL MUNDO

Jueves, 28 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.437.

MUNDO

El día que algunos hicimos el ridículo

LUIS HERRERO

¡Qué rara es la política! En el Parlamento Europeo hay un señor llamado Buttiglione, italiano, cachazudo, impasible, capaz de quedarse inmóvil así caigan chuzos de punta sobre su cabeza, que al final no va a ser comisario de Justicia, Libertad y Seguridad porque la izquierda es más astuta que la derecha, aunque sea menos numerosa, y porque la derecha es más panoli que la izquierda, aunque sea más seria.

La noticia es que el presidente de la Comisión, Durao Barroso, no ha querido someter a votación en el Parlamento de Estrasburgo el visto bueno a su equipo de comisarios.

Consciente de que la alianza entre socialistas, liberales y verdes era aritméticamente inexpugnable, ha preferido huir de la refriega sin pegar un solo tiro «para no dañar -ha dicho- el interés de las instituciones». El paradójico resultado de su decisión es que la situación creada coloca a la Unión Europea en una crisis sin precedentes. Curiosa manera, desde luego, de no dañar el interés de las instituciones.

Es verdad que, de haberse producido la votación, el Partido Popular Europeo (PPE) la hubiera perdido. Pero las consecuencias prácticas habrían sido las mismas. Barroso hubiera tenido que hacer lo que forzosamente va a tener que hacer a partir de hoy: empezar de nuevo.

El único cambio es que, en el acta de sesiones, hubiera figurado el resultado de una honrosa derrota del grupo mayoritario de la eurocámara en lugar de una incomprensible retirada. Lo primero nos hubiera permitido a unos cuantos explicar que hay causas por las que merece la pena luchar, aunque se pierda. Lo segundo, en cambio, nos deja a esos mismos sin más argumento que el de haber contribuido a evitar, con nuestra huida en el último suspiro, un conflicto entre instituciones. ¡Pues menuda idiotez!

Por evitar un conflicto entre instituciones se nos pidió hace unos meses que votáramos a Borrell y lo hicimos tapándonos la nariz para que Durao tuviera el camino expedito a la Presidencia de la Comisión Europea. Ahora lo que hemos

ganado es a un Borrell que ya ha conseguido ser reconocido por los más viejos del lugar como el peor presidente de la institución en toda su historia, el más sectario, partidista, cursi y autoritario de cuantos se han sentado en el sillón que ahora ocupa él, y lo que hemos perdido es la oportunidad de demostrar quién manda en la Comisión Europea. De momento sólo sabemos quién no manda. Desde luego, no manda Durao. Lo que se ha impuesto es la estrategia de la izquierda, que no quería a Buttiglione donde Durao lo había colocado y que no ha parado hasta enviar al italiano a hacer puñetas. ¡Bravísimo!

Vaya por delante que a Buttiglione no le vendría mal un buen examen de conciencia. Este tipo, con sus declaraciones inoportunas y manifiestamente mejorables, nos ha metido en un lío de padre y muy señor mío a todos los que, siendo católicos, ni pensamos que la homosexualidad sea pecado, ni estamos de acuerdo con reducir a la mujer a la condición maternal de protegida de su marido, ni creemos que los hijos sin padre conocido sean hijos de una mala madre. Es verdad que esas declaraciones han venido acompañadas por matices que la izquierda no ha querido ponderar. Es verdad que muchas veces se han descontextualizado y que a menudo han sido analizadas desde el prisma de la mala fe, pero también es verdad que era previsible que eso fuese a ocurrir.

Para un hombre que ha demostrado que es capaz de estar sin pestañear durante horas en pleno rifirrafe parlamentario hubiera sido fácil evitar la polémica. Desoyó el consejo de tener la boca cerrada cuando el escándalo ya había adquirido dimensiones considerables y yo no me creo que lo hiciera por estulticia.

Así estaban las cosas, francamente mal, cuando el martes por la noche los jefes de las 25 delegaciones del PP en el Parlamento Europeo nos convocaron a los diputados del grupo para decirnos que habían decidido unánimemente respaldar al colegio de comisarios, Buttiglione incluido, que al día siguiente iba a someter a refrendo de la Cámara.

El razonamiento fue impecable: aunque estamos en minoría, no podemos permitir que la izquierda se salga con la suya sin plantarles cara; somos el principal grupo del parlamento europeo y debemos demostrar que estamos unidos, que somos fiables y que defendemos mejores principios que nuestros adversarios.

Al día siguiente, en cambio, sin que nadie nos explicara por qué, se nos pidió apresuradamente que pusiéramos nuestra unidad y fiabilidad al servicio de la causa contraria: ya no íbamos a combatir por la dignidad propia, íbamos a batirnos en retirada, dejando que la izquierda se alzara con la victoria política de la escaramuza, para evitarle a Durao la mácula de una derrota parlamentaria y, de paso, para evitar que el Parlamento y la Comisión colisionaran.

Flaco favor al Parlamento, que debería perderle el miedo a las colisiones si quiere hacerse respetar por la Comisión; flaco favor a la Comisión, porque se baja los pantalones ante el parlamento incluso antes de haber sido investida, y flaco favor a los ciudadanos europeos, que ya no saben muy bien cuál es el reparto de poder que impusieron las urnas.

Yo mismo, que soy diputado europeo, ya no sé muy bien si milito en el partido que gobierna en Europa, en el principal partido de la oposición o en el limbo de los idiotas. Lo único que sé es que ayer fue el día en que algunos hicimos el ridículo.

Luis Herrero es eurodiputado por el Partido Popular y periodista.

© Mundinteractivos, S.A.